

Con el tumulto de salir de la tienda para atender a nuestras peticiones aun no expresadas - tomarse un té bien caliente - se despertó el cocinero. También se notó cierta preocupación. Intercambiaron algunas palabras en su idioma. Del todo incomprensibles, pero que debían especular sobre nuestra suerte.

Debí ser el hecho de sentirse obligado a preguntar, por instancia del otro, lo que finalmente le animó a hablarnos - No luck? Did you get to the top? - Con una media sonrisa. Que sugería un 'No pasatanki' 'Es la montaña quien decide'.

Ya estaba a punto de saltar ese consuelo cuando nuestro guía de montaña les respondió que, aunque pareciese increíble, habíamos subido y bajado en la mitad del tiempo estimado.

Y entonces sí. Nava se levantó. Abandonó aquella posición acurrullada que ~~le hacía estar~~ ~~cont~~ que y sumisa y nos vino a dar la mano. Francamente orgulloso de sus clientes. Con los que había estado caminando y conviviendo las últimas semanas.

La tetera ya empezaba a hervir y el campamento, poco a poco, volvía a llenarse de ruidos vitales.

Una voluta de excelso tabaco arcano me contaminaba los pulmones.

La médula ósea trabajaba a pleno rendimiento para sacar adelante millones de glóbulos rojos. Después de haber detectado ~~ta~~ el aire enrarecido que hay por encima de los seis mil metros.

Aun tardaría unos días en hacer efecto la contraorden de que ya no era necesaria tanta hemoglobina.

Recordaba ~~la bajada~~ <sup>otra detalle del descenso</sup>. Aun lejos del campamento <sup>base</sup> Aquellas palas de nieve, lo que eran las primeras subidas serias. Sembradas de vomitonas. Gente varada. Grupos cariacatecidos. Metabolismos descompuestos que no habían soportado la falta de oxígeno. Algunos esperaban un milagro que los transportase a la cumbre. O mejor, que los devolviese al campamento base.

La hipoxia, si no había devenido en desbarajustes orgánicos, podía

Casi en el fondo en una ~~pequeña~~ <sup>breve</sup> vallada que se situaba por encima del Stok (?La), un río que vertía sus aguas en el \_\_\_\_\_.

Allí ~~había ido~~ En el camino de ida el lugar nos pareció muy confortable. Había bebidas muy variadas, repuros, zornes. Y por supuesto té. Por allí pasa todo el flujo de montañeros que quieren atacar la cima del Stok Kangri. Es el último lugar

en el que tomar algo, sentado en una silla, <sup>sentado</sup> ~~contemplando~~ <sup>observando</sup> ~~el mercado~~ <sup>con sobrio paisaje himalayático</sup> ~~del lugar.~~ <sup>el mercado dexense ~~ellos~~ unas horas de andar</sup>

Después de ~~haber~~ <sup>completado nuestros objetivos</sup> ~~completado nuestra ascensión~~ <sup>dejamos</sup> el camino con paso ligero, con idea de descansar unos minutos en aquella tienda-bar, tomando un té bien caliente. Nos cruzábamos con grupos que subían pesadamente por aquellas crestas. Nosotros charlábamos animosamente. Planificando nuevas vueltas. Nuevas cumbres. Nos sentíamos poderosos, pese que el cansancio iba haciendo mella y aun quedaba un buen trecho hasta ~~nuestro hogar~~ <sup>Rumbak.</sup> Provisional pero hogar al fin y al cabo.

→ Nava parecía serio. Más de la cuenta. Había intercambiado saludos con los guías que nos habíamos cruzado. Parecía muy pensativo. Por fin se decidió a hablar. Sugirió que nos desviásemos del camino que atacábamos hasta el fondo del valle evitando el campamento del té.

Aquello nos inquietó. ¿Qué pasaba? Preguntamos a Nava. Y nos contó. Con calma. Alguien había muerto en el campamento. No sabía detalles. Nos quedamos en silencio. Como los grupos que subían. Percibimos del golpe la dureza de aquel viaje. La seriedad de carabatas que nos había guiado hasta aquella cumbre. No sólo se trataba de que el tiempo respetase tus opciones. Se trataba de llegar en forma. De no tener ningún percance: diarreas, gripes, resbalones. Se trataba de hilar muy fino. Pero sin caer en la obsesión. Sin dejar que las precauciones y el miedo te inmovilizaran.

Y ahora alguien había muerto. Nava preguntó algo al siguiente guía con el que nos topamos. Parecía que había sido un infarto. Un tipo mayor. Que había llegado hasta allí andando. Normal. Se sentó a tomar un té. ~~Los demás~~ Era un grupo grande. De unas quince personas. Algunos buscaban más sillas para sentarse todos entorno a la misma mesa. Y de partir. Comer la ascensión. Los copiches. Jarnas geológicas que confirmaban aquella garganta. Otros ~~podían~~ elegían qué tomar. El guía hablaba con los propietarios. Evaluando

una idea que le llevaba rondando durante años: buscar poblaciones de animales en lugares donde se pensaba que habían desaparecido. Como es lógico tal cometido implica visitar regiones remotas, lugares contra los que los científicos han ido dejando de lado y que fueron casi revisadas hace varios lustros.

La información que G había conseguido era particularmente relevante. Por esas fechas el Indio - que trabajaba con J en la conservación del lince - había topado con ~~una ~~comunicación~~ estudio~~ que daba por hecho la extinción del lince boreal en el valle del <sup>rio</sup> Nubra, ~~un remoto valle que se iba ~~convirtiendo~~ lentamente, el ser humano se había ido apoderando de la Naturaleza ~~tratando de someterla para subvertir sus necesidades. sometiendo a sus designios.~~~~

Parece ser que la transformación de las garrigas que ocupaban el fondo de los valles era arrancada para en su lugar poner choperas y cultivos. De algo tenía que vivir aquellas gentes. La presión demográfica ~~había~~ acababa acabar con el habitat del lince - aseguraba aquel estudio - y en un par de décadas los gatos tendrían que haber desaparecido de allí.

Habían pasado esas veinte años y el pronóstico no cuadraba con lo que G había visto en el terreno.

[Tal y como se iba planteando el viaje podía añadir aun un motivo más. Quizás el más suculento desde mi punto de vista.] Buscar aquellos felinos por el Himalaya significaba, en verano, subir hasta los cinco mil metros puntualmente y moverse, frecuentemente, alrededor de la cota de ~~los~~ <sup>los</sup> cuatro mil. Era el acondicionamiento perfecto para intentar una cumbre que sobrepasase los seis mil.

G sabía de mi afición a la montaña. Él la compartía, siempre que hubiese de por medio el incentivo faunístico apropiado. ~~Era perfecto.~~ Sobre el mapa, acodado en la mesa de la cocina después de una epígrafa cena, G señalaba un triángulito que quedaba muy cerca de los valles que nos proponíamos explorar. El Stok Kangri. Seis mil ciento veinte metros. Una montaña fácil de subir, según le dijeron en la agencia. Rampas muy duras, eso sí, pero habitualmente sin nieve - el clima de la zona es extraordinariamente árido y los morzones no son capaces de atravesar la gran muralla de ~~cordilleras con la que se topan~~ que supone la cordillera del Himalaya - y por tanto técnicamente sencilla.

Mis modestos objetivos se conformaban con hacer algún día un siete mil. Para ello buscaba cimas penales cada vez más altas. Mi techo estaba en 5420. Los metros que tiene el Nevado del Ruiz.

Para no perder la forma acudía con frecuencia al gimnasio y a la piscina. Soñaba en aquellos muros espacios cerrados. Trataba de pasar por alto la magistral música (¿música?) que ponían a todo volumen. ~~para crear~~ Supongo que pretendían crear una atmósfera dinámica, joven. La banda sonora de una discoteca. ~~Con~~ <sup>Buenas</sup> canciones que recordaban a ~~buena música~~ de los ochenta y noventa y que después algún día y así de los cojones se dedicaba a destrozar y joder sin compasión. J y el Indio, por su parte, no podían zafarse de los temporales. Ese año Sierra Moreno recibió demasiada agua. Los embalses del Jandula y del Echaro ~~no hacían más que saltar agua, que alimentaba el~~ <sup>Contribuían a</sup> prodigioso caudal del Guadalquivir.

Hubo muchas tardes que pasaban a ser noche sin apenas cambios en la luz que debía filtrarse por las estrechas <sup>(ventanucos)</sup> ventanas de la casa de la Viña. El único resplandor era la pantalla plana del portátil del Indio. Allí, impertérrito, y ajeno a las inclemencias ~~y estar~~ se dedicaba a revisar el archivo de fotos de lince. Era capaz de diferenciar, por ~~el~~ <sup>(notas)</sup> patrón de manchas, que se sucedían a cada uno de los doscientos individuos que componían la población.

J se dedicaba a colocar las cámaras trampa. ~~A volver unos~~ <sup>Volvía unos</sup> días después para recuperar la tarjeta gráfica y visionar su contenido. Además dirigía las cuadrillas que encargadas de mejorar las condiciones de vida de las presas del lince. Y daba igual que el viento y las chubascos no diesen tregua. Que los valliceros estuviesen empantandados. J caminaba entre los choparros y las jaras. ~~Estaba atento a~~ <sup>Permanecía siempre atento a</sup>

cualquier cambio que se produjese. Huellas. Rastros. Fenología. Era algo innato. No le suponía ningún esfuerzo.

Así pasaron aquellos meses de barrizales. ~~Mirando de reojo~~ <sup>botas mojadas. (El desánimo que se iba</sup> viendo el viaje <sup>El desasosiego inherente a la vida sedentaria</sup> y fácilmente previsible.

al Himalaya ~~bajo un primer~~ colando en nuestros años nos hacían ver Ladakh como un sueño lejano y frágil. Ladakh era entonces un sueño lejano y frágil. Un artificio que nos servía para mantenernos en pie. que sabemos podría desmoronarse en cualquier momento.



### 5. Delhi, ~~un~~ agujero (nauseabundo) <sup>impacto</sup>

A lo más que llega el día en Delhi es a una luz blanquizca y sucia. El espejismo de frescor que había creado la noche - treinta y cinco grados- se esfuma en pocos minutos y un pesado manto de calima envuelve la urbe. Sólo destacan en la bruma calenturienta las luces rojas del tráfico, cuya densidad no se ve alterada por el cambio de turno.

El día transcurre envuelto en esa atmósfera densa y pegajosa. La humedad y el calor hacen inútil cualquier esfuerzo por llevar una vida normal. Así que lo mejor es esperar en un hotel el vuelo que te saque de ese agujero inmundos.

Aunque sólo sean unas horas las que se pasen en el hotel escogido -completamente al azar, desde un taxi que avanza por una autovía en sentido contrario- la estancia llega a ser tediosa. Quizás sea porque no hay ninguna alternativa a estar en la habitación o el comedor, únicos lugares con aire acondicionado. Las opciones se reducen a ver todo lo que vomitan los infinitos canales de televisión o ~~X~~ contemplar, a través de la estrechez del pasillo que conecta el hall con el comedor, el tráfico de la autovía.

Ambas posibilidades son terribles. No se sabe qué es peor. Si aguantar la publicidad que cada poco interrumpe los programas, o si intentar buscar un entretenimiento en la observación del tráfico rodado: contar cuantos vehículos pasan por minuto; diferenciar entre coches y camiones; o cualquier otra absurda ocurrencia.

Al cabo de unas horas parece que uno está atrapado dentro de una estruendosa película que se repite reiterativamente. El mismo anuncio de pasta de dientes. La

misma secuencia de autobuses herrumbrosos y turismos avanzando lentamente entre sonidos de claxon.

La humedad y las altas temperaturas generan una atmósfera que propicia la descomposición de la materia orgánica. El hedor es incisivo incluso en la terminal internacional del aeropuerto. Cuando se abandona la seguridad y la comodidad del edificio -que resulta pequeño para las dimensiones del tráfico aéreo- el bofetón tropical lo deja a uno aturrido. Al salir se atraviesa un pasillo que la ociosa multitud va conformado en su incierta espera. Muchedumbres acucilladas, baldosas rotas, mugre.

Paradójicamente existe el orden. Al turista no le asaltan para llevarle el equipaje. Hay una oficinita en la que obtener un ticket para el taxi, que esperan su turno en fila.

La gente, impaciente, va estrechando ese pasillo por el que salen los pasajeros. Imperceptiblemente, arrastrando los pies, la marca humana se agolpa en torno a la puerta automática, que al abrirse expelle bocanadas de aire refrigerado. Es entonces cuando un guardia -porra en mano- se desgañita con exagerados aspavientos para restaurar el espacio. Y el público, dócilmente, retrae las líneas a sus posiciones originales.

Deberíamos limitarnos a ~~esta~~ <sup>esta</sup> ~~legiosa~~ <sup>legiosa</sup> aunque inocua espera en el hotel, pero nuestro equipaje había sido extraviado. Nos dijeron que vendría en el siguiente vuelo de Estambul y que una vez recuperado tendríamos tiempo suficiente para llegar hasta la terminal de vuelos nacionales.

Aún teníamos en nuestro poder las pequeñas mochilas que servían de equipaje de mano, con las cámaras, los prismáticos y demás material frágil. El resto del equipo, los sacos de dormir, los trípodes para los telescopios, la ropa

Comida con  
V.S. Navajal cuando  
dice que lo peor de  
la India es ver gente  
ver gente a la India.

visión del país  
desmultiplicada  
lejano de las  
romanticas y espirituales  
elencos (Kipling, Forster)  
que tanto más gusta a los occidentales  
Adige: el peor país para  
dejarlo

¡pero! mujer que  
de admira a los  
calles

¡pero! mujer que  
de admira a los  
calles

-41-  
No me se que le venlo comprar  
- en casa Adige -  
Friedrich es en un acate esento (leamos de prosas)

Bajaros a  
Lenar. 7  
Comoros  
maran. N.  
Slo sirven a los  
habilitados.  
7 en las sedes  
a bajar por chi  
En la callejas  
algunos que  
Separa los  
iluminada pedaleo  
de los botiles se  
Puede comer un volado

la India que describe  
de la India que describe  
de la India que describe  
de la India que describe

Resulta muy difícil renunciar a las comodidades. El Gobierno Indio lo sabe y para ganarse a la población pacíficamente, se construyen caminos, se mejoran las telecomunicaciones y se traen mercancías y alimentos que aquí no se encuentran. La espiritualidad se va arrumbando, pero a la vez se le saca brillo, para hacer más atractivo el souvenir al turista.

Lo mismo hacen los antillanos con el medioambiente

- destruir habitat
- aumentar espansa
- luego utilizar esos ambientes destruidos como emblemáticos, sobre la pista por el turismo, que va a provocar el turismo y va a entrar dinero.

En realidad el poder por Leh viene pronto comprando en japon en un par de semanas.

### 7. Nubra Valley

La vida cotidiana en Leh empieza demasiado tarde. Sus habitantes se han amoldado al ritmo de los turistas, que prolongan hacen acuerdan tarde. Hasta las diez apenas se ve gente por las calles. Los comercios, poco a poco, se van desmereando.

Nosotros nos levantamos cuando amanece, así que somos testigos de cómo van cobrando pulso las calles. Lqs conversiones gatitos, el tráfico y el ajetreo se van apoderando de comercios y plazas. En estos ratos de ciudad lo único que se hace es dar bandazos y gastar dinero: restaurantes, ropa de montaña, baratijas. Hay mujeres bonitas, de nacionalidades y razas variadas.

Uno se pudre si se queda mucho tiempo. El vigor que proporciona la vida al aire libre se esfuma al caer en una urbe de este tipo, donde la variedad y la frecuencia de estímulos colapsan y desmiembran la vida sencilla e instintiva. Hay que tomar demasiadas decisiones inútiles: pizza o arroz con pollo; la rubia o la achinada; la camisa azul sin cremalleras o los pantalones de goretex reforzados.

Por eso, y aunque aun no hemos recuperado el equipaje, decidimos abandonar Leh e ir hacia el norte.

La confluencia de los ríos Nubra y Shyok es el primer lugar en el que queremos comprobar si hay lincees boreales. Aquí se constató su presencia hace dos décadas. El pronóstico fue que, a día de hoy, el lince debería haber desaparecido debido a la antropización del paisaje. La expansión de las aldeas, de sus campos de cultivo, habría acabado con las manchas de vegetación en las que el lince y sus presas se refugian.

Unos dicen que los precios en Leh son muy altos, pero otros dicen que son baratos comparados con Europa.

Un espíritu... un espíritu que se va perdiendo... un espíritu que se va perdiendo... un espíritu que se va perdiendo...

La historia... la historia de la zona... la historia de la zona...

Tomamos la decisión de ir hacia el norte... de ir hacia el norte... de ir hacia el norte...

2

### 18. Qué mongolada viejo

¿Pero seguro que vais a subir? preguntaba el Indio con esa ironía corrosiva que le caracterizaba. Obviamente la pregunta era retórica, así que a continuación venía eso de 'Pues menuda gilipollez viejo' 'Subirse hasta ahí arriba para nada' 'Bueno sí, para volver a bajar'. Las dudas nos asaltaban. Estábamos decididos a intentarlo pero no estábamos seguros de coronar. Hay demasiadas variables implicadas cuando se hace alta montaña. Cosas que no se pueden controlar. Que nieve. Que haga viento. Que te tuerzas un tobillo. Que el guía olvide los crampones. Cualquier frustrería podía ser el tendón de Aquiles de un proyecto que tenía una buena base y en el que las vigas maestras estaban bien consolidadas.

J, de metabolismo optimista y despreocupado, empezó a animar el cotarro. 'Pues estos dos van a subir por cojones. Me apuesto lo que quieras'. A lo que el Indio respondía '¿Pero para qué? Con el frío que tiene que hacer ahí arriba. Qué mongolada viejo'.

Eran nuestras últimas horas juntos. Nos separaríamos tan solo una noche, a lo sumo dos. Sin embargo el ambiente de despedida era excesivo. Pasamos el último día hilvanando proyectos futuros y perfilando algunos detalles prácticos de los próximos días. El Indio daba forma a artículos que iba a sacar a partir de la información recopilada. Jugaba con las palabras buscando títulos sugerentes. J ya estaba pensando la manera de que alguien nos financiase una amplia estancia en Ladakh. G y yo minimizábamos el contenido de nuestras mochilas

dándonos cuenta, una vez más, de que verdaderamente hay pocas cosas imprescindibles.

Aquella noche el viento que bajaba del Stok La, acariciando el lomo de los lobos lanudos, se estrellaba contra los cristales de las ventanas. Pese al castaño de los cristales dentro de sus marcos el sueño no tardó en invadirnos. Al día siguiente, temprano, empezaba nuestro día D.

Y el día D no se ceñía a las 24 horas convencionales. Se trataba de llegar, en primer lugar, al campamento base. Tardaríamos cerca de seis horas en cubrir ese tramo. Esto suponía un desnivel positivo acumulado (es decir, excluyendo las bajadas) de unos 1600 metros. Después de subir al Stok La se perdía mucha altura, hasta confluír con la principal ruta de acceso al Stok Kangri. El valle de Stok, tras una pendiente sostenida que no daba tregua, llegaba a los 5000 metros. Allí se había aprovechado una pequeña llanura para establecer el campamento base.

Descansaríamos durante unas horas, aguardando el momento del asalto definitivo, el que no había querido atreverme a soñar durante todos esos meses de preparación. Era necesario esperar a que llegase la noche para intentar la cumbre. El frío jugaría un papel decisivo. Se trataba de que la nieve se endureciese y facilitase el desplazamiento. En caso contrario nos hundiríamos hasta la cintura o los hombros y quedaríamos varados a expensas del Yeti.

Los guías estimaban que serían necesarias otras doce horas para subir al Stok Kangri y bajar. Con ello habríamos superado las 24 horas que contiene un día. Lo aconsejable era, entonces, quedarse otro día completo en el



